

Juan Pablo II: Polonia, experiencia del dolor

Motto:

*Aunque existe un sufrimiento que conduce
hacia la muerte,
en la intención Divina existe
también un sufrimiento
que conduce hacia la conversión
y la transformación del corazón del
hombre;
Este sufrimiento [...] llega a ser causa
y fuente de alegría,
porque engendra la vida y la paz.*

Juan Pablo II

Introducción

Mi Patria – Polonia - es *la tierra de tumbas y de cruces* (Kraśiński, 1912). Situada entre dos potencias – Rusia en el Este y Alemania en el Oeste – Polonia durante los siglos estuvo expuesta a agresiones externas. La caída de Polonia en el siglo XVIII, su reparto entre los tres países vecinos y más de ciento veinte años de dependencia y persecuciones, tragedias de la primera y la segunda guerra mundial, incluida la ocupación alemana, y finalmente medio siglo de totalitarismo comunista – todo esto hizo de mi país una tierra marcada por la sangre de los mártires.

Tal vez por eso nosotros, los polacos, somos considerados como una nación que renació de las cenizas y que aprendió a reconstruir su país, pero que no sabe bien vivir en un ambiente de paz y estabilidad. Somos una nación de emigrantes: casi la mitad de los polacos vive en el extranjero y no por su propia voluntad sino a causa de persecuciones políticas.

En el período de grandes emigraciones se consolidó una costumbre – heredada de generación en generación - que cada uno de los expatriados llevaba consigo un saquito con un puñado de tierra natal como si fuera el tesoro más precioso. Lo mismo hizo nuestro gran sabio polaco don Ignacio Domeyko - el rector de la Universidad de Chile, *el apóstol de la ciencia chilena*. Conforme con su voluntad este saquito de tierra polaca fue enterrado con él en su sepulcro en el Cementerio General de Santiago.

Es una enorme paradoja que en tierra polaca se encuentre Auschwitz, campo de exterminación nazi – el monumento a cuatro millones de víctimas – polacos, judíos, gitanos y de tantas otras naciones de Europa. A su vez, para los polacos, los sagrados lugares de su sufrimiento y martirio están también a miles de kilómetros de Polonia – en los lejanos „gulag” soviéticos de Siberia. Durante dos siglos se mandaron allá a miles de polacos – defensores y militantes de la

libertad – la flor intelectual de la nación polaca. Se quedaron para siempre en las estepas y las minas siberianas, enterrados en las tumbas anónimas, pero no fueron olvidados.

Las tumbas colectivas de veintidós mil militares – oficiales e intelectuales polacos, asesinados por el mandato de Stalin en Katyń, el año mil novecientos cuarenta- constituyen un símbolo de mentira y una traición militar.

Un lugar gravitante y muy especial para la memoria polaca lo es desde seis siglos el santuario de Santa María en Czestochowa (Jasna Góra), con su milagrosa imagen de la Virgen Negra. Podríamos compararlo con el santuario de la Virgen del Rosario de Andacollo en Chile o de Lujan en Argentina. Desde la época de la invasión sueca a mediados del siglo XVII Jasna Góra es símbolo de la lucha victoriosa y vigorosa de Polonia por la libertad.

Otro símbolo importante en nuestra memoria nacional y por lo tanto también de Juan Pablo II lo es la ciudad de Varsovia : completamente arruinada y quemada por los alemanes emergió de escombros totalmente reconstruida como un fénix que renace de las cenizas. En tiempos más recientes el astillero de Gdańsk – la cuna de la „Solidaridad” y de la leyenda de Lech Wałęsa - ha llegado a ser también un símbolo.

Sin embargo, ninguno de estos lugares está dotado de tan rico y significativo equipaje como la antigua capital de Polonia – la Cracovia real y su corazón – la colina, donde se encuentra la catedral y el castillo real – el Wawel. Su historia se inicia en el siglo noveno, cuando era la sede del legendario fundador de la ciudad, el príncipe Krak y su hija, Wanda. Alrededor del año mil se construyó aquí la primera catedral y residencia de los obispos de Cracovia. Durante seis siglos el Wawel fue la sede de los príncipes y reyes polacos.

En las catacumbas de Wawel yacen los reyes, los héroes nacionales y los mayores poetas. Es nuestro altar de la Patria (Ara Patriae). En todas las épocas de guerras y ocupaciones el Wawel, con su catedral y castillo, era un oasis de libertad (Ziejka, 2003). Hoy Cracovia sigue siendo la capital histórica y cultural de Polonia.

*

A la sombra de la colina de Wawel, o mejor dicho a la luz y brillo de su historia, transcurrió la vida de Karol Wojtyła – estudiante de la Universidad Jaguellónica - primero de la filología polaca, luego de teología - y después de la guerra – del sacerdote, obispo, cardenal y profesor universitario.

Su biografía se desarrolló en el *apocalipsis* del siglo veinte: la guerra mundial con los campos de concentración nazis y los „gulag” soviéticos. Karol Wojtyła sufrió personalmente estas tragedias, fue su testigo ocular. Nació cerca del lugar, donde más tarde se ubicó el campo de concentración Auschwitz-Birkenau; durante los años de la ocupación alemana le obligaron a trabajar en la cantera, fue testigo de la tragedia de miles de familias polacas y judías. El mismo se salvó sólo por milagro de la muerte, de la prisión y de ser enviado a un

campo de concentración. Fue entonces, cuando en el campo de Auschwitz moría el futuro santo, Maximilian Kolbe. Precisamente este episodio lo evocó Karol Wojtyła durante los retiros en el Vaticano:

Los campos de concentración eran y seguirán siendo para siempre un símbolo real de un infierno en la tierra. En ellos se expresó el máximo del mal, que los hombres hicieron a los hombres. En uno de estos campos, en Auschwitz, moría el padre Maximilian Kolbe el día catorce de agosto de mil novecientos cuarenta y uno. Todo el campo sabía que él moría voluntariamente, sacrificando su vida por la de su hermano. Y con esta particular revelación del amor por todo el campo pasó un soplo del bien intrépido e indestructible, una experiencia de salvación; se moría el hombre, se salvaba la humanidad (Wojtyła, 1980)

Vale la pena recordar que el comunismo cobró ciento diez millones de víctimas, el nazismo alemán unos cuarenta millones. Polonia perdió un cuarto de su población, la mayoría en los crematorios y cámaras de gas de los campos de concentración. Recién iniciada la guerra, los nazis internaron en el campo de concentración Sachsenhausen a ciento ochenta y tres profesores de la Universidad Jaguellónica, la misma en la cual en esa época era estudiante clandestino en la Facultad de Teología el entonces el joven Wojtyła. Los que sobrevivieron la experiencia del campo de concentración, hasta hoy día llevan el el trauma y lo transmiten a la generación siguiente.

*

Hoy en día, desde la perspectiva del pontificado de Juan Pablo II, podemos admirar la sabiduría del cónclave que el año mil novecientos setenta y ocho eligió para la Santa Sede a un forastero, de un país lejano – a Karol Wojtyła. ¡Tuvieron que ser los signos del tiempo!

Él, mejor que nadie tenía un diagnóstico del mundo contemporáneo y de sus ideologías demenciales, que definió como *errores antropológicos*. Demostró, *cómo* [su propio] *sufrimiento se puede vencer con la fuerza del espíritu, entonces con la verdad y el bien que conducen a la libertad responsable por el hombre ante el hombre y ante Dios* (Krapiec, 2003).

De estas raíces crece *la catequesis del sufrimiento* de Juan Pablo II.

Dolor y sufrimiento

El término *sufrimiento* tiene un significado más amplio que el de dolor, enfermedad o mutilación. Al lado del sufrimiento físico, que se suele identificar con el dolor o la enfermedad, existe también el sufrimiento psíquico (sentido en la esfera emocional) y el sufrimiento espiritual, definido a veces como *dolor moral* o *dolor de la existencia* (*dolor existentiae*). Es una consecuencia de la dual dimensión de la existencia humana: la física y la psíquica. Estamos

sufriendo cuando experimentamos algún mal: físico, psíquico o moral, lo que se hace visible sobre todo en el aspecto psicológico del sufrimiento.

La noción „dolor” se suele referir al dolor del cuerpo, mientras que la noción „sufrimiento moral” – al „dolor del alma”. La medicina se ocupa principalmente de dolor del cuerpo y en este campo ha avanzado muchísimo, sobre todo en lo terapéutico.

El dolor de la existencia, como un componente integral del sufrimiento psíquico, es, más bien, del dominio de los psiquiatras. En cambio, „el dolor moral” parece ser más cercano a la competencia del sacerdote, aunque puede tener también un componente somático muy evidente.

En la vida del hombre el sufrimiento se realiza en diferentes formas y con variada intensidad. A veces se dice que *el sufrimiento tiene mil rostros*. Por esto parece ser una parte inseparable del destino humano; coexiste con el ser humano.

La psicología admite la generalidad o inclusive inevitabilidad del sufrimiento en la vida humana. Sigmund Freud (1967) buscaba esta inevitabilidad en *la fuerza potentosa de la naturaleza, la fragilidad corporal del hombre y la imperfección de estructuras de organización*. Karl Jaspers (1990) relacionaba su existencia con la presencia de situaciones limítrofes en la vida humana, mientras que Victor Frankl (1976) trataba el sufrimiento como un componente constante de la triada *muerte – sufrimiento – culpa*. No por casualidad a su libro le dio el título *Homo patiens*.

En un contexto semejante escribe Juan Pablo II (1984) en su „Carta Apostólica sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano (Salvifici doloris)”:

El sufrimiento parece pertenecer a la trascendencia del hombre; es uno de esos puntos en los que el hombre está en cierto sentido „destinado” a superarse a sí mismo, y de manera misteriosa es llamado a hacerlo.

La palabra *sufrimiento* se usa más a menudo en la lengua común que en la terminología médica, ya que se puede sufrir no sólo a causa de dolor o enfermedad, sino también por los motivos más generales: hambre, sed, frío, miseria, cataclismo, falta de libertad, mala cosecha. La fuente del sufrimiento puede encontrarse también en factores subjetivos como temor, amenaza a la vida, imposibilidad de realizar su actitud creativa, amor infeliz, traición, humillación, etc.

Dolor de la existencia

Resulta más difícil definir *el dolor moral*, es decir *el dolor de la existencia*. Los que manifiestan mayor talento y más posibilidades en la verbalización de este dolor son los artistas, especialmente los poetas. Sobre esta categoría de *dolor* escribe Victor Frankl (1976): *el sufrimiento espiritual en sí no es nada patológico, sino es algo humano, en cierto sentido incluso algo que es el más humano de todo lo que existe.*

Esta diferenciación confirma que la noción del sufrimiento tiene un alcance muy amplio, ya que se puede sufrir tanto en la enfermedad, como en la salud. Aunque esto puede parecer paradójico, el sufrimiento en el estado de salud puede ser más doloroso y más prolongado en el tiempo que el sufrimiento en la enfermedad. La enfermedad por su naturaleza tiene su comienzo, transcurso y fin. La enfermedad puede terminar, pero el sufrimiento puede seguir existiendo.

A veces sucede que el hombre sano preferiría caer en la enfermedad o aceptar algún daño corporal para poder liberarse del sufrimiento espiritual (*me dejaría cortar un dedo para que mi alma no sufra tanto*). Las personas atacadas por una depresión psíquica más de una vez expresan deseos similares. El sufrimiento subjetivo a causa de la depresión psíquica (pecaminosidad, culpa, castigo) a veces se hace tan pesado que el enfermo preferiría cambiarlo por un dolor o cualquier otro tipo de malestar físico. En los casos extremos se puede perder el sentido de la vida lo que fácilmente provoca ideas suicidas. La autodestrucción puede parecer entonces la única manera de liberarse del *dolor de la existencia*.

La noción de *dolor moral* es cercano a la noción de *temor moral* (según Kępiński, 1975). El temor moral puede ser interpretado como un castigo por violación del orden moral. En algunas comunidades primitivas la violación de las vigentes normas morales puede incluso causar una muerte física (*voodoo death*).

La realidad del *sufrimiento* no se refiere sólo al individuo. El sufrimiento puede tener también una dimensión social, o hasta puede aplicarse a toda la humanidad. Decimos que sufren las naciones enteras, por ejemplo durante las guerras, insurrecciones, revoluciones u ocupación. En los campos de concentración nazis o soviéticos *sufrían* y morían millones de presos. Los creyentes de una u otra religión *sufrían* por su fe. Varios grupos étnicos *sufren* a causa del hambre, la humillación, violación de los derechos humanos o persecuciones etc.

El fenómeno del sufrimiento que relacionamos más bien con la experiencia individual, puede entonces convertirse en el sufrimiento de la humanidad o del mundo. El sufrimiento colectivo puede ser un factor que integra una sociedad determinada o al contrario, el que la divide.

?Por qué sufro?

Cada sufrimiento inspira la pregunta por su propósito. *?Por qué sufro?* Y también – *?Por qué yo?* En la perspectiva social preguntamos por qué sufre la humanidad? Ese sufrimiento individual o colectivo, ¿tiene algún sentido?

En el círculo de la cultura cristiana está arraigada la convicción que el sufrimiento es una forma de castigo por turbar el orden moral: por un delito, por un pecado. El sufrimiento nace del sentido de la culpa y se relaciona con la

noción y los criterios de la justicia. El mecanismo psicológico *culpa – castigo* es lógicamente coherente y por lo tanto fácil de comprender y aceptar.

Ya el ejemplo de Job del Antiguo Testamento nos enseña que se puede sufrir también sin ninguna culpa, siendo inocente. ¡El siglo veinte era un ejemplo extraordinario de refinamiento y masividad en hacer sufrir a los que no tenían culpa ninguna!

Cuando el sufrimiento no es generado por la culpa, se hace más obvia la pregunta por su sentido (*por qué sufro*). Pues este sufrimiento no surge del orden de la justicia. El mecanismo causa-efecto (*culpa – castigo*) está alterado en este caso. El sufrimiento aparece como una realidad privada de una causa clara. Este tipo de sufrimiento viene acompañado de una sensación de injusticia.

El bíblico Job no era el único que lo experimentaba. A la manera muy semejante reciben el sufrimiento algunos enfermos, sobre todo los que tienen una enfermedad incurable. Ellos son los que preguntan: *¿por qué estoy enfermo, por qué tengo que morirme si no tengo culpa de nada?*

El sentido de la justicia adquirió una forma paradójica en las experiencias de los antiguos presos de los campos de concentración. Algunos de ellos se sienten culpables porque sobrevivieron, mientras que otros – a veces mejores, más virtuosos – perdieron la vida. En su opinión viven *una vida regalada* y lo sienten paradójicamente como un acto de injusticia. *Son ellos los que debieron sobrevivir, porque se lo merecían más que yo.*

En el razonamiento psicológico no es fácil encontrar una explicación simple para el sentido del sufrimiento, mucho menos del sufrimiento sin culpa.

Paradójicamente el médico se siente, en este campo, muy poco competente, aunque pareciera que los estudios de medicina deberían prepararle no sólo a comprender el sentido del sufrimiento en la enfermedad, sino sobre todo a la práctica del diálogo con el enfermo. La actitud del enfermo en gran parte depende de la actitud del médico frente al sufrimiento. A su vez, la actitud del enfermo puede tener una influencia fundamental en el transcurso de la enfermedad y en la efectividad del tratamiento.

El sentido cristiano del sufrimiento

Lo que puede ayudar aquí es una reflexión teológica. Juan Pablo II en la mencionada *Carta Apostólica* pone de relieve un aspecto importantísimo del sufrimiento: el hecho que el sufrimiento puede servir para la superación del mal y la reconstrucción del bien, tanto en el sujeto sufriente, como en sus relaciones con otros, ante todo con Dios.

El amor es también la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre un misterio [...] El Amor es también la fuente más plena de la respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento.

En la llamada *catequesis del sufrimiento*, sistemáticamente desarrollada por Juan Pablo II durante sus encuentros con las personas enfermas o minusválidas, el Papa comunicó unos principios fundamentales.

En el sufrimiento del hombre se refleja su grandeza. El sufrimiento expresa cierta paradoja de *debilidad y fuerza*. A la debilidad humana en la enfermedad el Papa le contrapone el poder del sufrimiento humano unido con la oración, ya que el sufrimiento es una prueba a la que es sometido el hombre; una prueba de paciencia, de perseverancia, de esperanza.

Según la óptica del Evangelio *el que sufre en la unidad con Cristo*, el que con su sufrimiento *completa lo que falta a los padecimientos de Cristo*, es capaz de descubrir el carácter creativo del sufrimiento. *Este descubrimiento es una confirmación particular de la grandeza espiritual que en el hombre supera el cuerpo de modo un tanto incomprensible. Cuando este cuerpo está gravemente enfermo, totalmente inhábil y el hombre se siente como incapaz de vivir y de obrar, tanto más se ponen en evidencia la madurez interior y la grandeza espiritual, constituyendo una lección conmovedora para los hombres sanos y normales* (Salvifici doloris).

Potente en su debilidad

El sufrimiento así como la tristeza y soledad que lo acompañan, incitan a reflexionar sobre una dimensión más profunda de humanidad. Se realiza entonces una sorprendente transformación interior a causa de la cual las personas que sufren muchísimo se sientan muy felices. Es una de las grandes paradojas del sufrimiento, difícil de entender para el mismo enfermo y asombroso para el médico. El sufrimiento y la enfermedad no siempre se relacionan con el sentido de desgracia; a veces pueden ser un camino para conocerse a sí mismo, pueden tener un valor creativo y constructivo, sobre todo en lo que se refiere al desarrollo de personalidad, a la maduración espiritual.

Hasta algunas enfermedades psíquicas - incluida la esquizofrenia - pueden transcurrir de una manera creativa y ventajosa para el enfermo. Lo puso de relieve un psiquiatra cracoviense Eugeniusz Brzezicki (1961) el autor del concepto de *esquizofrenia paradójica socialmente ventajosa (schizophrenia paradoxalis socialiter fausta)*.

El dolor y el sufrimiento no son nada estéril, no pasan sin huella; su dimensión traspasa la experiencia personal del hombre y su sentido a veces puede hacerse comprensible sólo en una dimensión trascendente.

Juan Pablo II, de acuerdo con la ciencia psicológica actual, les indica a los enfermos tres fundamentales etapas de la experiencia del sufrimiento:

- la etapa de cobrar la conciencia del sufrimiento,
- la etapa de la aceptación creativa
- y la etapa del sacrificio.

La consideración de todas estas dimensiones facilita la creación del plan individual para transformar el sufrimiento en los valores creativos, convertir el mal del sufrimiento humano en la virtud del amor y por último liberarse de las cadenas del sufrimiento hacia la *sorprendente libertad interior*.

En este espíritu vivía e interpretaba el Papa su propio sufrimiento después del atentado contra su vida. *Recibi una gracia inmensa: con mi sufrimiento y amenaza de mi vida pude dar el testimonio.* Este acontecimiento, a partir de una dimensión humana, tuvo para él sobre todo una dimensión de *la Experiencia Divina*. De esta experiencia nació el gesto de perdón: *El perdón es una gracia en la que hay que pensar con una profunda humildad y gratitud.*

El gesto de perdón del Papa resultó estremecedor para el mundo y hasta provocó protestas. ¡El perdonó, mientras que otros juzgaban al delincuente y exigían el castigo!

El mismo espíritu caracteriza todo Pontificado de Juan Pablo II – visto como un camino a través del sufrimiento, como una cruz, no sólo en el significado simbólico sino también entendido al pie de la letra. Podemos hablar sobre el *Pontificado del sufrimiento*.

Tras una explosión enorme de nuestra alegría, esperanza, luz en la sombra de la noche comunista, cuando fue llamado a la Santa Sede, llorábamos de felicidad, pero también de tristeza, ya que tuvimos que compartirlo con todo el mundo. El Papa recordó este momento con la ocasión de celebrar el vigésimoquinto aniversario de su Pontificado:

A pesar de que Cristo conoce mi fragilidad humana, afirmó el Papa, me insta a responder con confianza como Pedro: ‘Señor, tu sabes todo, sabes que te amo’. Y luego me invita a asumir las responsabilidades que el me ha confiado.

Se presentó entonces ante el auditorio mundial y siendo él mismo lleno de esta debilidad apeló: *¡No temáis!*. De este modo sólo pudo hablar el hombre que experimentó el miedo, terror y tremendos sufrimientos relacionados con la guerra, los campos de concentración y una esclavitud espiritual. El Papa potente en su debilidad...

Al *Evangelio del sufrimiento* pertenece, en la opinión de Juan Pablo II, la parábola del buen Samaritano. La actitud del Samaritano indica cuál debería ser la relación de cada uno de nosotros con el que sufre. *Samaritano es todo hombre, que se para junto al sufrimiento de otro hombre de cualquier género que sea. [...] Buen Samaritano es todo hombre sensible al sufrimiento ajeno, el hombre que se conmueve ante la desgracia del prójimo. [...] Es en definitiva buen Samaritano el que ofrece ayuda en el sufrimiento, de cualquier clase que sea.*

El gesto del buen Samaritano indica que el sufrimiento es necesario para liberar en el hombre una actitud del desinteresado don en favor del prójimo. *Podría decirse que el mundo del sufrimiento humano invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano; y aquel amor desinteresado, que brota en su corazón y obras, el hombre lo debe de algún modo al sufrimiento.*

Es un gesto que tiene el valor trascendente, constituye un modelo de proceder no sólo para el médico o la enfermera, sino para cada uno; echó sus raíces en la cultura moral y en la civilización. Vale la pena recordarlo, sobre

todo en el clima actual de creciente indiferencia ante el sufrimiento del otro hombre.

En la búsqueda de la respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento es preciso, siguiendo a Maksiel (1998), transformar la pregunta *?por qué sufro?* en la pregunta *?para quién sufro?*. En la práctica terapéutica dicha transformación puede tener una gran importancia, ya que en la conversación con el enfermo, sobre todo en el estado terminal, podemos pasar desde la perspectiva causal hacia la perspectiva de intencionalidad. Este concepto tiene un valor universal, porque facilita la búsqueda del sentido en cada sufrimiento, independientemente de la formación espiritual del enfermo.

En este sentido Juan Pablo II depositó la confianza del mundo a la caridad Divina en agosto 2002, durante la consagración del templo de Santa Sor Faustina en Cracovia – Lagiewniki. Nos hablaba de la necesidad de la *imaginación de caridad*. El mensaje de la caridad Divina, transmitido a la Sor Faustina, echó raíces profundas en el corazón del Santo Padre. Fue la historia la que lo inscribió en la trágica experiencia de la segunda guerra mundial. Ese mensaje sirvió entonces de particular apoyo y fuente de esperanza para todo el pueblo polaco. El Papa dijo: *ésta fue también mi experiencia personal, la que he llevado después conmigo a la Sede de San Pedro y que de cierto modo da forma a la imagen de este pontificado*.

El Evangelio de morir

Por primera vez en la historia de la humanidad la muerte de un hombre unió tantos millones de personas - creyentes de distintos credos, religiosos o incrédulos – quienes se unieron en la comunión de la vivencia de este extraordinario morir del HOMBRE EXTRAORDINARIO...

Cuando la enfermedad avanzó hasta el punto en que no pudo decir ni una palabra, con su actitud y testimonio *escribió* para todos nosotros el *Evangelio de Morir*.

Desde la vida a la vida

Después de una vida digna El Papa mostró que también se puede sufrir y morir con dignidad. Con una apertura completa y gran coraje nos inició en el misterio de la muerte. Creo que por eso quiso restituir el inmanente derecho del ser humano a ser viejo e inhábil..., restituir el derecho del hombre a la muerte, que en nuestra cultura está siendo rebatido desde la conciencia humana. Vivimos en la época de la apoteosis y del consumo. Tememos a la muerte y sobre ella no queremos pensar ni hablar.

El Papa, apareciendo en público, ya muy enfermo y cerca de la muerte, quiso decirnos, que ella es una parte natural de la vida; tan importante como es el nacimiento - tan importante es la partida.

Esta muerte era en cierto sentido una muerte feliz. El Papa partía en el grupo de los amigos más cercanos, envuelto en fervientes oraciones y

plegarias de millones de personas. Al decir las palabras: *Estén alegres...* creyó profundamente que termina solamente la etapa terrestre de Su vida.

DEJENME PARTIR PARA LA CASA DE MI PADRE...

Dr. Renato Buzzonetti, el médico personal del Papa, así relató el sufrimiento de Juan Pablo II:

Era un sufrimiento largo y desgarrador, que en varios aspectos era parecido al sufrimiento de Cristo. El Papa enfrentó este sufrimiento, lo vivenció con dignidad, disposición, en silencio, sin esconder nada. Dió un excelente ejemplo de que, como Karol Wojtyla, Hombre Papa, en el momento de la muerte se entregaba completamente al Señor, apoyado por la fe inquebrantable, cual no puede amenazar el sufrimiento más desgarrador. Por momentos, cuando se sumía en su lecho de dolor, me recordaba la imagen del Cristo en la Cruz. En sus últimos días no podía hablar, era condenado al silencio. Pero hablaba con la mirada, con la suavidad de sus ojos, con la resignación del gran místico. Y fue entendido.

Y MI ÚLTIMO SUSPIRO QUE SEA EL SUSPIRO DE AMOR ...

Por El Papa en agonía rezaban no solamente los católicos, también los ortodoxos, protestantes, musulmanes, creyentes de judaísmo... Esta plegaria rompió fronteras de todo tipo. Penetró todos los corazones. Hubo un milagro de la reconciliación del hombre con otro hombre.

En el sufrimiento paralizante, la prolongada agonía de Juan Pablo II, se vió su heroísmo extremo. Muchos de nosotros cambiamos nuestra actitud con respecto a la muerte. La imagen de la agonía de Juan Pablo II reestableció en cierta manera las proporciones correctas en la jerarquía de los valores humanos...

.... AMEN

La etapa final de su pontificado algunos llamaron *un viaje apostólico al mundo del sufrimiento*. Para Juan Pablo II su dolor y su agonía ciertamente tenían sentido metafísico, igual o parecido al Jesús mismo. En esta mística de la vivencia del sufrimiento ocurrió también un elemento de trascendencia. Con su influencia, su personalidad carismática, su altruismo, su gentileza y su amor por la humanidad, traspasaba la mediocridad y banalidad de nuestra vida, oponiéndose a las conductas de egocentrismo, consumismo y hedonismo que dominan en nuestra civilización actual. Y de esta manera Juan Pablo II se convirtió después de su muerte en un ícono para el mundo contemporáneo. El proclamaba que con el Cristo todo tiene sentido, también el partir, que es hermoso servirle hasta el final...

Con toda su vida Juan Pablo II nos mostró a nosotros como se puede superar la debilidad de uno mismo, la impotencia, la soledad y el miedo de morir – con la fuerza espiritual, verdad y bondad, que llevan a la libertad ... Este es el mensaje que nos dejó.

Este acto de confianza en la Caridad Divina es una especie de coronamiento de las enseñanzas del Papa. Ante el drama del siglo XX, ante el terrorismo del siglo XXI, Juan Pablo II nos muestra a un Dios piadoso como un signo de esperanza, como una fuente de fuerza para el hombre perdido, doliente, atormentado por las vicisitudes de la fortuna. Sólo en la caridad de Dios el mundo encontrará el paz y el hombre – la felicidad.

Zdzislaw Jan Ryn

Bibliografia

- Brzeicki E.:** *Schizophrenia paradoxalis socialiter fausta*, „Folia Medica Cracoviensia”, t. 3, 1961, cuad. 2, p. 267-288.
- Frankl V.:** *Homo patiens*, , trad. R. Czarnecki, J. Morawski Instytut Wydawniczy PAX, Warszawa 1976, p. 17, 196.
- Freud S.:** *Kultura jako zdroj cierpien*, trad. J. Prokopiuk, Wydawnictwo KR, Warszawa 1995, p. 258.
- Jan Pawel II:** *List apostolski Salvifici doloris*, Citta de Vaticano, 1984.
- Jan Pawel II:** *Nieustannie blagajmy o miosierdzie Boze* (Przemowienie w sanktuarium Milosierdzia Bozego, Lagiewniki, 7 VI 1997), „L'Osservatore Romano”, wyd. pol., 18(1997), no 7, p. 53.
- Jan Pawel II:** *Znak sprzeciwu*, Editions du Dialogue, Paryz 1980, p. 58.
- Jaspers K.:** *Filozofia egzystencji*, trad. D. Lachowska, A. Wolkowicz, Instytut Wydawniczy PAX, Warszawa 1990.
- Kepinski A.:** *Dekalog Antoniego Kepinskiego*, Wybór, układ, wstep Zdzisław Jan Ryn, Wydawnictwo Literackie, Kraków, 2004.
- Kepinski A.:** *Lek*, PZWL, Warszawa 1977, p. 89-130.
- Krasiński Z.:** *Irydion*, Dokonczenie, [en:] *Pisma Zygmunta Krasinskiego*, Wydanie jubileuszowe, t. 5, elab. Jan Czubek, Gebethner i Spółka, Kraków 1912, p. 312.
- Krapiec A.:** *Pontyfikat cierpienia... Dlaczego?*, „Nasz Dziennik”, no 243 (1739), 2003, p. 14.
- Makselon J.:** *Psychologia cierpienia*, „Folia Medica Cracoviensia”, t. XXXIX, 1998, z. 3-4, s. 59-66.
- Maslow A.:** *W strone psychologii istnienia*, Instytut Wydawniczy PAX, Warszawa 1986.
- Ryn Z.J.:** *El dolor tiene mil rostros. Juan Pablo II y los enfermos*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1993, 1994.
- Strozewski W.:** *Aksjologiczna struktura czlowieka*, „Folia Medica Cracoviensia”, vol. XXXIX, z. 3-4, 1998, p. 23-36.
- Trassati S.:** *Podroz przez cierpienie*, Bergamo 1981.
- Wojtyla K.:** *Znak sprzeciwu*, Editions du Dialogue, Paryz 1980, p. 58.
- Ziejka F.:** *Wawel – symbol polskiej tozsamosci narodowej*, Conferencja para inaugurar el año academico en la Academia de Educaci3n Fisica en Cracovia, Kraków 2003, mauscrito, 18 pp.

Direcci3n del autor:

Embajada de Polonia
A.M. de Aguado 2870
C1425CEB Buenos Aires
E-mail: mzryn@cyf-kr.edu.pl

Jagiellonian University
Collegium Medicum
ul. Kopernika 21A
Kraków, Polonia